



1. Plaza de la Rebeca, Bogotá D.C. 1998-2000.  
Lorenzo Castro, Philip Weiss, Juan Camilo Santamaría.

## AÚN HAY ESPACIO PARA EL ARTE

Juan Antonio Rodríguez Tous

*Arte público y espacio político* parte de una controversia con la obra de Martín Heidegger *El arte y el espacio*. Tras un análisis sumamente agudo y enmarcado en un preciso recorrido histórico, Félix Duque indaga sobre las posibilidades del Arte en la sociedad contemporánea.

**Félix Duque, *Arte público y espacio político*, Akal, Madrid, 2001, 174 páginas**

La obra de Duque comprende la edición comentada de textos fundamentales del pensamiento moderno (el *Opus postumum* de Kant, por ejemplo), la historia de la filosofía (*La era de la crítica* es referencia obligada) y el ensayo. A este último género pertenecen libros esenciales como *Filosofía de la técnica de la naturaleza* (1986), *El mundo por dentro*. Ontotecnología de la vida cotidiana (1993) o *Filosofía para el fin de los tiempos* (2000). En alguna ocasión, Félix Duque ha usado la palabra «desmantelamiento» para calificar su pensa-

miento filosófico. La elección del término, deliberadamente castizo, apunta al impulso que guía su producción intelectual, empeñada desde hace décadas en una profundísima reactualización de la tradición filosófica moderna en un contexto cultural que reniega de esa tradición, la banaliza o pretende recuperarla sin la suficiente distancia crítica. Desmantelar algo significa desmontarlo, como se vacía una casa de los muebles que contiene. En uno y otro caso, el vacío resultante dice «de otro modo» lo que falta. La ausencia, en este caso, hace presente lo ausente. El desmantelamiento no es deconstrucción (los muebles que faltan han sido, o siguen siendo, muebles) ni hermenéutica (no hay una disposición ideal o «mejor» del mobiliario). Desmantelar, dicho sea de paso, es una actividad que proporciona una percepción de las cosas (y, por ende, del lenguaje sobre ellas) no poco dialéctica, un saber de lo que las cosas son y de lo que no son.

Lo desmantelado en *Arte público y espacio político* es, en primer lugar, el breve opúsculo de Heidegger *El arte y el espacio*. Ya el título del ensayo de Duque contiene una enmienda a la concepción *heideggeriana* del asunto. Si cabe aún hablar de arte y del espacio que el arte «abre», será porque aquel puede ser todavía genuinamente «público» y éste efectivamente «político». Duque asume la tesis *heideggeriana* de la co-pertenencia del hombre y la tierra, así como la idea de que el arte es, en sentido primigenio, el relato de esa copertenencia, cuyo primer fruto es, justamente, el «espacio» (en un sentido próximo a «hábitat»). Pero Duque acepta aquella tesis y esta idea contra las pretensiones del autor de *Ser y tiempo*: hombre y tierra son ya productos de algo anterior, la Técnica, que es «antropógena y fisiogónica a un tiempo». No hay naturaleza primigenia ni *Dasein* primordial.

En el ensayo citado de 1986, Duque se ocupó de desarrollar ampliamente la concepción de la Técnica que, en forma implícita, conduce en este libro la primera operación de desmantelamiento. Una vez tomadas la adecuada distancia respecto al texto *heideggeriano* —es decir, una vez (entre) dicho que el lector no encontrará en *Arte público y espacio político* la enésima salmodia anti-moderna— Duque se ocupará de mostrar la posibilidad de un entendimiento contemporáneo de

lo implicado en el título del volumen. Se trata de preguntar si es posible hoy un arte comunitario (de la comunidad) en un espacio no transido (al menos completamente) de violencia institucional. Para responder a esta pregunta será precisa la segunda operación de desmantelamiento, ambiciosa en sus pretensiones y convincente en sus resultados. Habría —nada menos— que desmantelar la concepción de lo que para nosotros es «arte» para alcanzar una comprensión de él verdaderamente coetánea. Duque propone, ciertamente, un paradigma de arte público, las catedrales góticas. Pero, acto seguido, el paradigma se muestra como tal sólo desde nuestra perspectiva. Para ser la perfecta obra de arte total a la catedral gótica sólo le falta ser, de modo deliberado, una obra de arte y no, como lo fue para sus constructores, una manifestación de lo sagrado. El arte contemporáneo deberá, por tanto, ser público sin dejar de ser arte.

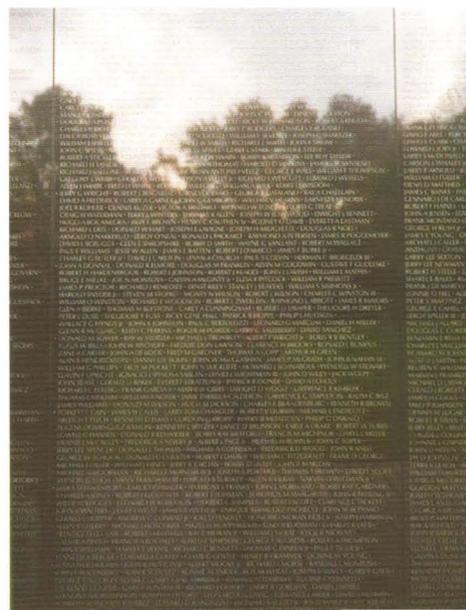
El caso es que, para Duque, durante la edad moderna ha habido sin duda arte, pero éste no ha sido nunca «público». La tesis es provocadora, habida cuenta de que en la modernidad nace justamente nuestra idea de arte y la noción de público. El autor se ocupa de mostrar la competencia de la tesis mediante una auténtica intrahistoria —profusamente ejemplificada— de los conceptos implicados: individuo, representación, naturaleza... Cabe destacar, en este sentido, el excelente análisis de “La condenación de Fausto de Berlioz” o el del “Mall de Washington” («¿Es este un arte público? Ciertamente, no. Es un arte diseñado para uso público, o mejor: para que haya público»).

El arte público es fruto tardío del fin de la Modernidad. Sólo ahora el arte (como arte) ha logrado ser público. El capítulo cuarto y último (que constituye veladamente un aria *da capo* de la crítica a Heidegger desarrollada en las primeras páginas), se ocupa de explorar los hitos de esta especie de pírrica victoria (el arte ha llegado a ser público en su agonía como arte, ubicuamente transformado en *kitsch*). Duque re-interpreta el *People Mover* de Detroit, o el *Heidelberg Project* de Tyree Guyton, o la *Spiral Jetty* de Robert Smithson, o el proyecto lúdico-pseudo-historicista de Port Aventura, o las casas perforadas de Gordon Matta-Clark, o el *Landscape of Time* de Isomu Noguchi en Seattle o la cuchara hiperbólica de Claes Oldenburg de Minneapolis. La obra suprema del arte público, sin embargo, habrá de ser el *Vietnam Veterans Memorial* de Washington, cuyo elogio (y también elegía) sirve de final a este ensayo: «El Mall está ahora vacío. Al pie de la obra de Maya Lin, en cambio, familiares y amigos de los muertos se ven espectralmente reflejados en la lisa y negra piedra. Hombres y tierra, hermanos por el arte, ligados por el espacio común del dolor y la viva memoria. Un solo susurro condensa mancomunadamente las oraciones y el llanto, y se mezcla con el suave murmullo de los árboles otoñales. Es el viento del pueblo y de la tierra, que presta aliento y vida al arte público y al espacio político» ■



3\_Félix Duque

2\_Vietnam Veterans Memorial, Washington D.C.



4\_Heidelberg Project, Detroit.